

## CONMEMORACIÓN DE LOS FIELES DIFUNTOS

Queridos hermanos y hermanas:

Hoy la Iglesia, madre tierna y sabia, nos convoca a vivir una de las celebraciones más profundas del año: la Conmemoración de los fieles difuntos. No venimos hoy movidos por la nostalgia, sino por la fe; no por el miedo, sino por la esperanza. Recordamos a nuestros hermanos que han partido, pero lo hacemos mirando al cielo, porque creemos que la muerte no tiene la última palabra: Cristo la ha vencido.

En la primera lectura, escuchamos a Job, un hombre que lo había perdido todo: bienes, familia, salud... Sin embargo, desde su dolor brota un grito lleno de fe: “Yo sé que mi Redentor vive, y al final se alzaré sobre el polvo. Yo mismo lo veré, mis ojos lo contemplarán” (Job 19, 25.27).

Estas palabras son una profecía de esperanza. Job no habla de una idea ni de un consuelo pasajero. Habla de una persona viva: su Redentor, su defensor, su Dios. Y dice algo sorprendente: “Yo mismo lo veré”. Es decir, después de la muerte, seguirá siendo él mismo, con su identidad, con sus ojos, con su corazón. Job vislumbra — siglos antes de Cristo— el misterio de la resurrección, la certeza de que la vida no termina en el sepulcro, sino que se abre a la comunión eterna con Dios. ¿No es ese el anhelo que todos llevamos dentro: ver a Dios y vivir con Él para siempre?

En el Evangelio, Jesús lleva a plenitud esa esperanza. Dice con ternura divina: “Todo el que viene a mí no lo echaré fuera... y lo resucitaré en el último día” (Jn 6, 37.40). ¡Qué promesa tan consoladora! Jesús no habla en condicional, no dice “quizás” o “si se portan bien”. Dice “no lo echaré fuera”. Es la expresión más bella de la misericordia del Hijo de Dios: nadie que confíe en Él quedará perdido.



¿Dónde estamos retratados: en el fariseo o en el publicano? La parábola de hoy expresa claramente la postura de dos personas y dos estilos de oración (y de actitud vital). Jesús no compara un pecador con un justo, sino un pecador humilde con un justo satisfecho de sí mismo y que mira por encima del hombro a los otros.

La voluntad del Padre -nos dice Jesús- es que no se pierda ninguno de los que Él le ha dado. Así, en Cristo, la muerte deja de ser una frontera que nos separa, y se convierte en una puerta abierta hacia la vida eterna. Por eso los cristianos no decimos adiós para siempre, sino “hasta que nos volvamos a ver en el Señor”.

La fiesta de hoy no es un lamento. Es una jornada de esperanza orante. Recordamos a nuestros seres queridos y rezamos por ellos porque creemos que el amor no se rompe con la muerte. Como enseña el Concilio Vaticano II, “La unión de los caminantes con los hermanos que duermen en la paz de Cristo no se debilita, sino que se fortalece por la comunicación de los bienes espirituales” (LG 49-50).

Y el Catecismo de la Iglesia Católica nos recuerda: “Quienes mueren en la gracia y la amistad de Dios, aunque imperfectamente purificados, están seguros de su salvación eterna; pero sufren una purificación después de la muerte, para entrar en la alegría del cielo” (CEC 1030).

Por eso rezamos por ellos, ofrecemos la Santa Misa, visitamos los cementerios, encendemos velas y hacemos obras de caridad: todo gesto de amor es una oración viva que alcanza el corazón de Dios.

Hablar de la muerte nunca es fácil. Nos toca lo más profundo: el amor, el apego, la pérdida. Pero precisamente por eso, nuestra fe en Cristo cambia radicalmente la manera de mirarla. El mundo suele ver la muerte como el final de todo. Muchos piensan: “allí se acaba la historia, se apaga la conciencia, todo termina”. Pero los cristianos sabemos que la muerte no es un punto final, sino una puerta que se abre. No es el “fin de la vida”, sino el paso hacia la Vida plena, hacia el encuentro con Aquel que nos creó por amor.



El Catecismo de la Iglesia Católica lo dice con gran belleza: “El sentido cristiano de la muerte se manifiesta a la luz de la muerte y resurrección de Cristo” (CEC, 1681) Es decir: sin Cristo, la muerte es un misterio oscuro; con Cristo, se convierte en misterio luminoso. Jesús no solo habló de la vida eterna, la vivió: aceptó libremente morir, transformando la cruz —símbolo de derrota— en trono de victoria. Por eso decimos con San Pablo: “¿Dónde está, muerte, tu victoria? ¿Dónde está, muerte, tu aguijón?” (1 Cor 15, 55).

En Cristo, la muerte ya no tiene la última palabra, porque Dios ha pronunciado la palabra definitiva: “Vida”. Y esa vida no es sólo para Él, sino para todos los que creen en Él: “El que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá.” (Jn 11, 25)

San Juan Pablo II solía decir que “morir es volver a la casa del Padre”. ¡Qué imagen tan llena de consuelo! Morir no es ir a la nada, sino volver al hogar. Y en ese hogar nos esperan brazos abiertos: los de Dios, que es Amor, y los de tantos seres queridos que nos precedieron en la fe.

Por eso los cristianos no decimos “adiós”, sino “hasta pronto”. Porque la comunión entre nosotros no se rompe con la muerte. Esa comunión de amor se expresa cada vez que oramos por nuestros difuntos, cada vez que ofrecemos una Misa por ellos, cada vez que los recordamos con ternura. Nuestra oración se convierte en un abrazo espiritual que los alcanza más allá del tiempo y del espacio.

Sí, la muerte duele. Jesús mismo lloró ante la tumba de su amigo Lázaro (cf. Jn 11, 35). El llanto no es falta de fe, es expresión del amor. Pero lo que diferencia al creyente es que su llanto está sostenido por la esperanza. No lloramos como quien no tiene horizonte, sino como quien espera el amanecer.



San Agustín, después de la muerte de su madre santa Mónica, escribió: “Ella no murió para mí, Señor, sino que simplemente se fue antes.” (Confesiones, IX, 11). Esa es la mirada del creyente: el amor no muere, sólo cambia de forma.

Y Santa Teresita del Niño Jesús, poco antes de partir al cielo, decía con una paz admirable: “No muero, entro en la Vida.” (Carta LT 244) Para ella, la muerte no era fin, sino plenitud. No era sombra, sino amanecer.

Tres actitudes que debemos cultivar este día: 1) Creer con firmeza. Jesús dice: “Al que viene a mí no lo echaré fuera. ¿Nos acercamos de verdad al Señor con confianza? ¿Le entregamos también el dolor por nuestros difuntos?; 2) Orar con amor. El amor que intercede atraviesa el tiempo y el espacio. Ofrezcamos hoy esta Eucaristía, el Rosario, una obra buena, por aquellos que amamos. La oración abre caminos donde la muerte cerró puertas. 3) Vivir preparados. Si el sentido de la muerte se revela en la Pascua, entonces vivir cristianamente —en gracia, reconciliación y caridad— es vivir preparados para la Vida eterna. Como decía Benedicto XVI: “La esperanza cristiana es encuentro con un acontecimiento, con el Amor de Dios que nos da un futuro” (Spe salvi, n. 2).

**Homilía Pbro. Carlos Chavarría**  
**Parroquia San Benito, San Salvador, El Salvador**